

de pesos, que el Gobierno no podrá pagar. Nos entregará á los ingleses en cambio. Diez millones á ochenta millones, salimos á ocho pesos cada uno...." El corrillo se indignaba como si cada uno de sus miembros se sintiese personalmente malbaratado. De aquí el grito tan repetido en el motin: "mueran los ingleses." Algunos enemigos de la monotonía hallaban esta variante á ese mismo grito: "mueran los yankees." Ingleses y norte-americanos eran cosa igual en el concepto de aquella multitud que marchaba á tientas entre la agitacion pública sin mas guía que su ignorancia.

Por aquellos dias habia circulado un rumor, acogido con fruicion y propalado por un semanario humorístico, sobre el robo del *barandal* del balcon central del Palacio. Se decia que aquel antiquísimo *barandal*, procedente de la época de los vireyes, era de un bronce especial que contenia una considerable *liga de oro*. Según el citado semanario unos viajeros yankees habian ofrecido por aquella alhaja nada ménos que *cincuenta mil pesos*, ofrecimiento que indujo al gobernante á aprovecharse directamente del *barandal*.... El semanario no conjeturaba; afirmaba hechos. Sus

redactores habian visto levantar un andamio bajo el *barandal*, le habian visto en el momento de ser deslavado, descendido, llevado para su fundicion y acuñacion de su oro á la casa de moneda, y sustituido en el balcon desguarnecido por otro *barandal* de igual forma, pero de materia relativamente vil. La multitud acostumbrada á ver tantos ejemplos ciertos de la rapacidad del grupo imperante, no dudó de la verdad de esa anécdota que hablaba en relacion con la historia de los despojos llevados á cabo por Manuel González en su periodo de gobernador de Palacio sobre los muebles del imperio, y se dió por hecho el robo del *barandal*.... Al mismo tiempo, el rumor de que se estaba preparando una explotacion semejante con la estatua ecuestre de Carlos IV, circuló de hablilla en hablilla y halló eco en las columnas del mismo semanario. *El caballito*, nombre dado por el vulgo de México á aquella estatua, iba á ser vendido á norte-americanos.... *Se han robado el barandal y el caballito* se va fueron como las frases suplementarias del motin, propias para arrastrar y exaltar á la multitud agregada al movimiento de los estudiantes.

Estos alentaban, más bien que combatir, aquella especie de superstición política. Una superstición es frecuentemente, y sobre todo, en México, más poderosa que una idea en las masas del pueblo bajo. En 1810 el cura Hidalgo movió más de cien mil indios con la superstición religiosa de la virgen de Guadalupe, presentada por él á los indios como combatida y próxima á ser aniquilada por la *gachupina* virgen de los Remedios. En 1884 los estudiantes movían también al pueblo bajo de la capital con patrañas como la de la enajenación del país al inglés ó como la del robo del barandal. Solo que ellos ¡niños! se sentían influenciados por la multitud misma que movían. Gritaban también como ella: ¡muera los ingleses! y recogían de ella el grito leperuzco de ¡muera el manco! aplicado á Manuel Gonzalez.

Pero otras influencias superiores les dirigían, y ellas eran ejercidas por una colectividad y por un hombre solo. La colectividad era *lo femenino*, la mujer, la colaboradora anónima de la obra salvadora de la juventud, el hombre era un ilustre viejo poeta.

VI

Lo femenino.

Esposa de diputado tábío.—¿Votarás en contra?

Diputado.—Votaré en pro.

Esposa.—¿Pero es posible? ¡y tu patria?

Diputado.—¿Y mis compromisos?....

Y el diputado va y vota en pro el contrato de la deuda *en lo general*. Ese mismo día al volver el diputado á su casa:

La esposa.—¿Has votado?

Diputado.—He votado.

Esposa.—¿Que no?

Diputado.—¿Que sí!....

Esposa.—Pero ¡insensato! ¿no me has dicho que esa deuda es la ruina, que es monstruosa, que hay en ella un exceso que significa robo? ¡y así la votas! ¡Eso es la deshonra, y la deshonra tuya es lá

mia y la de tus hijos!... ¡Sabes cómo me dicen ya en la vecindad? ¡Traidora! y á tí traidor!...

Diputado.—Pero ¡mujer!

La esposa redobla sus protestas, y aún suele ir hasta el llanto, ese recurso tan fácil de su naturaleza impresionable. El diputado túbio arrastrado al deber por la voz de la compañera íntima, más poderosa que la de su conciencia, va á la Cámara decidido á votar en contra *en lo particular un artículo capital del contrato de la deuda.*

En otra casa:

La madre.—Ya son las siete, y aún no viene mi hijo.... Estoy inquieta.... Le habrá sucedido algo?—No sin razón le he prohibido salir en estos días de motin, y sin embargo, se me escapa á la calle con esos locos de estudiantes, sus compañeros.... Será preciso castigarle.... Mira María, (llamando á la criada) quita á mi hijo una peseta de la *alcancía* de sus ahorros.

Pasa una hora de creciente inquietud, y el hijo vuelve al fin agitado, descompuesto el traje, la voz enronquecida.

La madre.—¡Pérfido! ¿qué te has hecho? ¿de dónde vienes? ¡así dejas á tu madre esperándote

horas y horas en la más profunda angustia? ¡Y en qué traza llegas! Se creeria que te han apaleado..

El hijo (chico de quince años)—He estado en las galerías de la Cámara gritando "mueras" á los traidores.... Despues, en la calle he aclamado á los patriotas, he arengado al *pueblo*, he sufrido empellones y palos de los gendarmes, y por último una hora de detencion en la cárcel.... todo por la patria, porque se trata de salvar á la patria, y el chico, como si creyera que estaba todavia declamando ante un grupo de léperos, concluye con un ademán trágico.

La madre, (llorando y abrazándole.) ¡Pobre hijo mio! ¡Demonio de muchacho! Pero ¿quién te ha dicho que esté bien que chiquillos como tú se metan en tales cosas!.... Si me vuelves á salir, verás como te castigo.... Mira, María (hablando aparte á la criada) vuelve la peseta á la alcancía de mi hijo, y ponle además otra....

Así obraba y hacia sentir su influencia directa ó indirecta, en el hombre y en el niño, la mujer mexicana, invisible conspiradora, afortunada en su hogar como en reducto inexpugnable. Habia heroínas oscuras entre las numerosas afiliadas de

aquella conjuración. Se hablaba de una dama en cuya casa se celebraban reuniones de estudiantes de ordinario animadas por su presencia y sus ardientes excitativas. El historiador pudo ver por sí mismo á una madre jóven, esposa de un diputado del *contra*, cuyo hijo pequeño agonizaba en los dias de las más tumultuosas sesiones. Cuando en la víspera de la muerte del infante, á la hora en que su agonía se agravó, el diputado dijo á la jóven madre: "hoy no iré á la Cámara; me quedaré contigo junto al lecho de nuestro hijo,"—"Ve, respondió ella, á la Cámara donde hace tanta falta tu voto de oposicion, que yo velaré sola por nuestro hijo." Justo es añadir que el diputado obedeció sin vacilar aquel mandato tan digno de Esparta como la amenaza de la esposa de un diputado del *pro*: "¡Si votas la deuda, me divorcio!".....

El ilustre viejo poeta.

Un diputado septuagenario se habia declarado en contra del convenio Noetzlin desde que fué presentado á la Cámara. Se llamaba Guillermo Prieto, nombre popular, lleno de significaciones gloriosas. Para las mujeres y los niños significaba la poesía mexicana, cantando coplas *sandun-jueras* al compás del harpa de nuestros fandangos; para la juventud significaba la poesía épica, la magistratura docente, la oratoria de 57; para los hombres sérios era la *ciencia económica*; para todos era lo más nacional de nuestra literatura, lo menos opaco de nuestra turbia política, lo más brillante de las figuras secundarias asociadas á la gloria de Juarez.

La obra de oposicion de ese anciano se hacia tambien en la calle y en la Cámara. Aficionado á

la *flânerie* de las calles como Victor Hugo con quien tenia ciertas semejanzas de figura y de carácter, vagaba en México como el gran poeta frances en Paris. Cuando en los dias de agitacion por la *deuda*, encontraba á algun jóven que por su aspecto inequívoco y su libro bajo el brazo le parecia estudiante, el viejo diputado se dirigia á él, le abria los brazos, le decia "¡hijo mio!" y le excitaba á no dejar de prestar al empeñado debate parlamentario el concurso de su presencia y sus demostraciones. "Solo con ustedes cuenta la oposicion. Ustedes nos salvan y salvan á la patria. . . . (Esta tarde, á la Cámara. . . ." Así hablaba el anciano á los grupos de estudiantes. ¿No habria en esas voces de un viejo tan venerado de la juventud más fuego del que se necesitaba para encender en ella la sangre y la fantasía? Luego, el anciano se dirige á la Cámara, asciende con dificultad las gradas que tiene que vencer para llegar á su sillón, pone en acción la energía suprema de su espíritu para dominar á su cuerpo decrepito que se inclina al reposo y al sueño, se mezcla en la lucha parlamentaria y, no solo rejuvenecido, sino tambien multiplicado, está en todas las partes de ella: ne

los incidentes que son las escaramuzas y en el curso principal del debate que es el centro de la lucha. Le llega su vez de expresarse ampliamente y fundar su voto de oposicion y entónces (fué en el dia 14 de Noviembre) el anciano trémulo, encorvado, como agobiado por la doble nieve de su cabellera y de su barba, comenzó diciendo: "permite Dios que al borde del sepulcro, cuando mis cabellos han emblanquecido, haga oír mi voz en defensa de los intereses de la patria, en esta tribuna, de la cual me tomo como de una rama para no ser sepultado en el precipicio. . . ." Se va en seguida al análisis constitucional y economico del contrato de la deuda y cuando lo ha reprobado á la luz de ese doble exámen, fáltale de repente la voz y el aliento, sus piernas se niegan á sostenerle más, sus ojos se entrecierran acusando un síncope de las funciones vitales, por el inaudito esfuerzo que ha hecho, y cae vacilando sobre su sillón. ¡Qué exordio y qué final! Se vió en ellos al hombre lleno del esplendor de la gloria pasada y de la majestad de la tumba próxima, que recogia su último aliento para afirmar el derecho frente al ultraje. Despues de ese discurso que removió todo lo

que quedaba sedimentado en el fondo de la indignación pública, la oposición contra la deuda no fué ya un sentimiento, sino una pasión. El Gobierno hizo todo lo que pudo para exacerbarla: diezmó con detenciones y prisiones á la multitud de estudiantes y de agregados, la hostigó con la intervencion odiosa del esbirro disfrazado, la apaleó y tiroteó por medio de sus gendarmes de á pié y de á caballo y la irritó con la insolencia de sus oradores. Casi todos los redactores mercenarios de la hoja subvencionada de D. García I, hechos diputados en premio de cuatro años de complicidad literaria con el fraude oficial, fueron azuzados contra la multitud, lo mismo que el esbirro y el gendarme. . . . Y he aquí, bajo el influjo de tanta presion, á qué punto habian llegado las cosas el día 18 de Noviembre:

VIII.

Una sesion tempestuosa.

Desde las dos de la tarde se habia guarnecido el frente de la Cámara y las calles circunvecinas de un gran cordón de tropas. Infantería y caballería, varios regimientos, batallones y escuadrones de lo más flamante y granado de nuestro ejército, fueron llegando poco á poco y alineándose al borde de las aceras, siempre apoyando sus filas hácia el pórtico de la Cámara, convertido en una especie de centro estratégico de imaginadas operaciones. Al despliegue de tanto aparato de fuerza, parecia como si se estuviese esperando un asalto en regla al ex-teatro de zarzuelas. . . . Por dentro el primer agente en Paris del contrato con los tenedores de bonos, D. Carlos Rivas, ya convertido en Gobernador del Distrito en sustitucion del prófugo D. Ramon Fernandez, parecia dirigir otro apa-

rato de fuerza y vigilancia interior, en correspondencia con el que se desplegaba al exterior de la Cámara. A su lado, en el mismo salon parlamentario, vestido con traje de montar y cubierto con el sombrero ancho de nuestros *charros* y *rancheros*, estaba el jefe de la policía, Lagarde, y ambos miraban con atención á las galerías, dirigian signos y miradas de inteligencia á los gendarmes y policías secretos que las invadian, observaban á la multitud de estudiantes y de agregados mezclada entre ellos y pasaban revista á los diputados, del *pro* como pastores que cuentan y récuentan las ovejas de su señor . . . En una sesión próxima anterior, se había ya aprobado por mayoría de votos *en lo general* el dictámen de aprobación del contrato Noetzlin. Tras de esa primera derrota, la oposición vencida, había dirigido hábilmente sus esfuerzos á establecer, conforme á reglamento, una discusion y votacion detallada, artículo por artículo, de los que componian el proyecto de ley sobre el pago de la deuda. La consigna vino entonces á prevenir á la mayoría contra ese recurso estrictamente legal de la minoría, calificado por aquella de ardid obstruccionista discurrido para

aplazar la aprobacion legislativa del contrato. Faltaban 12 dias para el 30 de Noviembre en que Manuel Gonzalez debia entregar el poder al General Diaz. Demorada la aprobacion en la Cámara, pasaria al Senado demasiado tarde para que esta segunda Cámara tuviese tiempo de imprimir el último sello de legalidad al contrato antes del 30 de Noviembre, dia despues del cual, con las Cámaras clausuradas, con el personal del Ejecutivo renovado, el contrato Gonzalez-Noetzlin seria nulado por la fuerza de una saludable reaccion política. Tal era en aquel dia 18 de Noviembre el estado que guardaba el debate. La ambicion del Gobierno, la resistencia de los diputados patriotas y la ansiedad del público prestaban á la sesión de aquel dia una importancia decisiva. De allí tanta tropa fuera de la Cámara, tanta gendarmería dentro de ella, tanta agitacion por toda la ciudad. El comercio había cerrado sus tiendas desde la primera hora de la tarde, grandes masas de gentío desprendidas de los barrios pobres y los alrededores de la ciudad, acudian al centro de ella y se agolpaban hácia las calles adyacentes de la Cáma-

ra, impedidas por su mismo número de llegar hasta el pórtico y penetrar á las galerías repletas.— Entre este tumulto, entre las camisas de los léperos, las chaquetas de los artesanos y los uniformes de soldados y gendárines, se véa aquí y allí bullir á los estudiantes llevando en las manos papeles que hacían circular entre la multitud. Eran proclamas y otros impresos que ellos hacían á sus propias expensas, cotizándose con el óbolo arrancado por el patriotismo á su habitual penuria. Una lista de nombres, unos con letras doradas, otros con letras negras, los primeros pertenecientes á los diputados que habian votado *en lo general* en contra de la deuda, los segundos á los que habian votado en pro, figuraba entre los papeles distribuidos. Pero sobre todos habia llamado la atención y se recogia todavia con avidez una excitativa de la juventud á los llamados representantes para reclamar, de los patriotas la perseverancia, de los fluctuantes la adhesion á la minoría, de los sèrviles la renegacion de sus pactos de fidelidad á la consigna y su conversion á la causa de la patria etc. «La nacion agoniza, nó le deis el golpe mortal; el General Diaz recibe un moribun-

do, que nó reciba un cadáver!» Así empezaba la excitativa ó proclama, y añadia: «Olvidad vuestros compromisos y escuchad vuestra conciencia! todos los pueblos esperan vuestro fallo. Recordad la conducta digna del Congreso de 61. ¿Ha desaparecido de México esa raza de hombres? ¿No significan nada en vuestros recuerdos los nombres de Zarco y Ramirez, de Doblado y de Juarez? ¿Es en realidad el Congreso la representacion nacional ó es, por desgracia, una reunion infame de mercaderes sin honra y sin conciencia?» Ejemplares de esa proclama arrojados de las galerías caían semejantes á espiritual lluvia de fuego sobre el salon, donde iba á desarrollarse la más reñida jornada de la lucha.

Un diputado de oposicion se levantó á reclamar contra la presencia de tantos gendarmes y espiones dentro de la Cámara, de tantas tropas en torno de ella. Su reclamacion, aplaudida en las galerías y obsequiada por la promesa halagadora del presidente de la Cámara de hacer retirar en seguida gran parte de la fuerza, causó realmente el efecto contraproducente para la oposicion de hacer despejar la galería alta, poblada por la porcion

más agitadora de los estudiantes. . . . Los desalojados salieron protestando y gritando: se quiso hacer salir con ellos la tempestad del interior de la Cámara, y no se consiguió más que aumentarla en el pórtico, donde la masa lanzada se mezcló en tumulto con la multitud, sin lograr alejar esa tempestad del interior donde permanecía en la ansiedad y la exaltación de las otras galerías y en el ánimo enardecido de todos los diputados, que en su mayor parte asistían armados de revólvers á la sesión, como si esperasen que aquella lucha de palabra degenerara de un momento á otro en una lucha de hecho.

Entre murmullos, campanillazos del presidente, interpelaciones á él y al ministro de Gobernación cuya presencia se reclama, entre un ruido sordo y un vago movimiento de inquietud, plantea la oposición su pretension legal de que el contrato se discuta artículo por artículo y fraccion por fraccion, y formalizada una proposicion sobre el asunto, se procedió á votarla. El resultado de esta votacion, en que la desesperacion del público había soñado como en un triunfo conseguido en virtud de postreras conversiones políticas, ese resultado no hizo más que confirmar la perseverancia en el

servilismo de los miembros de la mayoría. La proposicion fué rechazada por ochenta y dos votos contra setenta y uno. Un chubaseo de gritos, imprecaciones, juramentos de indignacion, epítetos denigrantes dirigidos á los diputados de la mayoría, saludó aquella nueva derrota de la causa popular. Luego, un diputado de oposicion, Eduardo Viñas, notable por el nervio de su argumentacion desarrollada en más de un discurso de ataque pronunciado en el curso del debate, toma la palabra y se pone á soplar sobre el fuego comprimido. "Perdemos la batalla campal, exclama: quedanos aún la guerra de montaña," y á esas palabras que suenan en los oídos de la multitud como un toque de clarín en medio de la derrota, se siente que la cuerda tendida de la indignacion va á reventarse, que algo extraordinario va á suceder y estallar, porque, agotados los argumentos y las fórmulas, ya no es posible que la lucha se contenga dentro de los límites de una discusion. . . . En tal momento, sólo un suceso exterior viniendo como á obstruir el curso del debate, podia detenerle ó desviarle en la pendiente de pasion porque se había precipitado. . . . Ya muchos diputados acariciaban

los mangos de su revólvers, ya las galerías llevadas al punto de agitacion y tumulto de una plaza de toros, conminadas por el presidente con un lanzamiento general, entraban en esa fiebre loca de las multitudes que no es más que la locura de un individuo multiplicada por un factor inmenso. . . . El acontecimiento exterior vino y se anunció en la forma de detonaciones sucesivas; primero un tiro, luego otros, despues una descarga cerrada. . . . Entónces, cada porcion de la Cámara interpreta el estruendo de la fusilería segun sus pasiones ó sus temores; los diputados de la mayoría creen en un asalto do la muchedumbre á la Cámara, y algunos huyen del salon espantados, otros sacan sus revólvers, y se vió á dos de ellos que apuntaron á las galerías con sus armas amartilladas, bajo la impresion de un miedo criminal. Por su parte las galerías y la minoría adivinan un ataque brutal de los soldados á la multitud de la calle. . . . Una oleada de esa multitud arrolla los guardias y gendarmes del pórtico y penetra desbordándose hasta el salon de la Cámara. . . . Ya no es ésta una simple plaza de toros; es el redondel á la hora del toro embolado. . . . Los que así penetran de fuera

traen el testimonio ocular de lo que pasa: ellos han visto á la multitud lanzada de la galería superior agitarse y agolparse dando gritos de "muera," á la entrada de la misma galería en el momento en que se tuvo la adversa nueva del resultado de la última votacion; ellos han visto á un batallon y á la gendarmería hacer fuego sobre la muchedumbre y caer de entre él algunos heridos y muertos. Traen sensible en sus rostros la impresion turbadora de la vision de la muerte y el olor de la sangre. Su emocion se comunica á las galerías con la velocidad instantánea de una chispa eléctrica. Gritos de "están matando al pueblo" resuenan por todas partes entre las mas violentas interjecciones. Todos los diputados se levantan. Uno de la oposicion grita: "se asesina á nuestros hermanos! vamos á salvarlos". . . . é invita con un ademán á sus compañeros á salir. Otro diputado de edad avanzada, afiliado tambien en la oposicion y muy conocido por la energía de su independencia, viendo al jefe de policía mezclado entre la muchedumbre que invade el salon y cubierto como siempre con su sombrero, se dirige á él y le hace salir á empellones, como si viese en él personificada la

asamblea por la fuerza. Un tercer opositor, carácter militar avezado á luchas más sangrientas que la de los parlamentos y los motines, se dirige á los grupos de la mayoría en tono de altivez por su propia actitud de increpacion, por la actitud seria de ellos; y por último, Salvador Diaz Miron, el ídolo popular del momento se lanza á la tribuna. é impone al tumulto el silencio con su voz, la calma con sus excitativas al órden. Reclama del presidente de la Cámara D. Gumesindo Enriquez, que salga á contener la "matanza," y el presidente accede á la demanda y sale de la Cámara en compañía del mismo Diaz Miron volviendo á los pocos minutos. . . . ¿Qué es? le interpelan de todas partes los diputados. ¿Quién es el culpable? ¿Quién causa el tumulto? y el presidente suelta en contestacion esta palabra:

¡El populacho!

Si al soltarla hubiera estado al alcance de las galerías, lo más seguro es que la sesion hubiera acabado como una pantomima inglesa con el presidente arrojado barandillas abajo por la multitud. Pero tuvo la buena fortuna de pronunciarla á lo léjos, afortunado tras la mesa presidencial en

el fondo de la plataforma, y la palabra no le atrajo otro accidente que una andanada de protestas y de gritos. . . . *¡El pueblo, y no el populacho!* gritaron mil voces, y el presidente, como un nadador desesperado que se lanza á la compuerta del estanque para tirar de ella y dar salida á las aguas en que se ahoga, levantó la sesion ofreciendo un cauce de salida á la multitud de las galerías, cuya exaltacion ya no podia contenerse dentro del estrecho recinto de la Cámara. Salió como torrente despeñado, se unió en la calle á la multitud que desafiaba encolerizada los fusiles de soldados y gendarmes, y las dos multitudes confundiendo sus masas y sus gritos y sus pasiones, fueron motin, *pronunciamiento* loco improvisado en una esquina, sin tropas y sin armas. Fué aquello primero el motin de la piedra contra el plomo: se cambiaban guijarros por balas; el guijarro del amotinado no hacia nada ó muy poco, la bala del soldado y del gendarme heria y mataba. Apenas se veian los muertos, porque la policia cumpliendo el oficio de receptora de sus propias víctimas, tenia el cuidado de envolver los cadáveres y sepultarlos en la sombra. No fué ésta, sin embargo, tan densa

que impidiese á algunos curiosos llevar la cuenta secreta de los muertos, no ménos desconsoladora que la de los reducidos á prisi6n y los deportados. . . . Por último, la multitud rechazada á bastonazos y mandobles de las calles confluentes al pórtico de la Cámara, se esparció por el centro de la ciudad, é impotente para resistir á la fuerza superior que la perseguía, llegó á ser en breve ya no el motin de la piedra contra el hierro sino el de la piedra contra el vidrio. . . . Rompió el vidrio dondequiera que pudo verlo y alcanzarlo: en los escaparates, en los balcones, en los faroles del gas y en los fanales de la luz eléctrica.

Y en tanto que la noche caía sobre la ciudad conmovida al ruido de los gritos y las pedradas, y recorrida en todos sentidos por patrullas de caballería que blandian sus sables indistintamente contra vecinos pacíficos y belicosos, otra lucha más violenta, de ideas y sentimientos encontrados, se verificaba en el alma de un hombre.

IX.

Ultimos dias de un presidente.

Se acercaba el dia de dejar el poder, y Manuel Gonzalez contrariado por la oposicion surgida tan inesperadamente en la Cámara de diputados, irritado por las manifestaciones hostiles de la juventud, acosado por las censuras de una parte de la prensa, débiles ecos de la reprobacion general, abrumado por la voluntad nacional que ansiaba por su salida del poder como por la cesacion de una *gran calamidad* pública, sintiendo los horrores de una especie de agonía política, experimentando, sin poderlo evitar, en su rebelde conciencia, el remordimiento de sus terribles responsabilidades ante la patria y la historia, y sintiendo más que todo, los golpes dados á su ambicion con los obstáculos que un patriotismo inesperado le suscitara para la adquisicion del último lote de millon

nes con que contaba; bajo el peso de tamaña situación, él, presidente, potentado, *rey* sin corona, sintió despertarse en sí toda su adormida naturaleza de guerrillero y se puso á revolver en su pensamiento las más desesperadas resoluciones. . . . Puso en movimiento el ejército como si se tratase de defender la ciudad contra otro ejército sitiador, paseó cañones y baterías enteras por las calles principales de México, soltó contra la oposición parlamentaria la vieja trahilla de las amenazas, las promesas y las chicanas. Había muchos diputados que eran suplentes de militares en servicio. Esos militares eran llamados por Manuel Gonzalez *filetes*, nombre sacado de una pieza del freno del caballo mexicano destinada á hacerle sentir vigorosamente en su quijada inferior la tracción de la brida para hacerle detener ó recular. Los *filetes*, sumisos siempre al Ejecutivo por su carácter militar, hacían sobre los diputados suplentes un oficio semejante al de aquella parte del freno. De ellos se servía el Gobierno para domar á sus suplentes rebeldes á la consigna amenazando á estos con llamar á aquellos á su curul en propiedad, en el momento que vacilase la virtud servil de los

primeros. . . . Ante el engrosamiento sorprendente de las filas de la minoría, Manuel Gonzalez exclamó: "¡vengan filetes! ¡que me traigan filetes!" y diputados militares empezaron á llegar, de las poblaciones de los Estados donde estaban de guarnición á la capital y á la Cámara en que entraban á ocupar los puestos forzosamente abandonados por los suplentes rebeldes. . . . Luego, ante el motín escolar que aumentaba y el lapso fatal de tiempo que se reducía, próximo á espirar, Manuel Gonzalez cree sentir vagas hostilidades de parte del General Diaz, cuya figura va destacándose cada día más clara ante su propia figura como un sol que nace ante una luna menguante. . . . Y algo se traslució luego de entrevistas íntimas en que el General Diaz rompió bruscamente ante Gonzalez las antigüedades de su actitud, le expresó sus discrepancias respecto de un contrato cuyo fondo bueno, el pago de una deuda, estaba pervertido por el impuro agente del lucro personal y le invitó á una revocación ó por lo menos á un aplazamiento que permitiera la purificación del contrato y calmara las legítimas indignaciones. . . . Y no faltó quien en tales momentos viese á Manuel Gonzalez leván-

tar su mano crispada para mesarse los cabellos, debatirse en sus habituales convulsiones nerviosas y exclamar gruñendo y resoplando: "¡No! no es posible! . . . Retroceder es mi ruina, mi deshonra ante los tenedores . . . Es preciso llevar adelante este negocio. Si se hunde, me hundiré yo; pero vosotros os hundireis también, y nada me importa arrastrar con nosotros al país entero!" . . . Bien pronto este arrebato se disipa como todas las cóleras de aquel hombre tanto más pasajeras cuanto más intensas. La gritería del motin llega á sus oídos como el zumbido de una horrible pesadilla y una reacción súbita se produce en su ánimo precisamente dos días después del en que tuvo lugar la sesión borrascosa antes descrita . . . En la sesión del 20 de Noviembre una *proposición suspensiva* de la discusión y votación del contrato de la deuda, es presentada á la Cámara y aprobada en masa por los diputados cuya mayoría hizo un cuarto de conversión hácia las filas triunfantes de la minoría, obedeciendo á un signo militar de Manuel Gonzalez.

Se celebró en México aquella revocación disfrazada bajo las formas de aplazamiento como un

gran triunfo del pueblo y una derrota del Gobierno. Se iluminaron las casas con farolillos izados ó suspendidos en los balcones; el pueblo bajo de los barrios apartados y de los pueblecillos circundantes acudió al centro de la ciudad, al ruido de los gritos de triunfo, como á una romería política de que no se daba cuenta exacta, y los jóvenes de las escuelas declarados héroes desfilaron por las calles principales de la ciudad en una procesión que las damas saludaron desde los balcones con lluvia de flores . . . Todo lo dejó hacer Manuel Gonzalez quien, en los momentos del público regocijo, cuidaba de retirarse cautelosamente á alguna de sus habitaciones, especie de aduares poblados de las delicias y sueños del Oriente . . . Sólo por una manifestación no quiso pasar: la de que se repicaran las campanas de las torres. Moribundo de la política y del honor, parecía horrorizarse del toque de campanas como de los dobles de su agonía . . . "Nada de repiques" fué su última consigna al Gobernador del Distrito, Rivas, y al oficial mayor de guerra, Montesinos; y los estudiantes y el pueblo bajo disgustados por la falta de ese sonoro apéndice á sus manifestaciones

de alegría, se arremolinan en la noche del 21 de Noviembre al pié de la escalinata que da entrada á la escalera de una de las torres de la Catedral. Piden repicar, lo piden á un cura y al campanero que se niegan á darles acceso á la torre a pesar de una *licencia* no muy clara arrancada por los estudiantes al Gobernador Rivas. Tropas numerosas como las ántes acantonadas frente á la Cámara, llegan y se esparcen alineadas por el atrio de la Catedral y la plaza de la Constitucion. . . . La muchedumbre alborotada se pregunta si todo aquel aparato guerrero tiene por objeto impedir los repiques, y grita inocentemente reclamando el ruido de las campanas como un niño que se irrita y desespera al sentirse privado del estrépito alegre de su sonaja. . . . De repente se oyen tiros disparados aturdidamente por gendarmes sobre la multitud que grita y ondea. Un hombre de condicion pacífica y humilde, músico que venia de tocar el salterio en una barraca de pequeños espectáculos levantada junto á la Catedral, cae en tierra herido mortalmente y atravesado por bala de rifle. La multitud maldiciendo y llorando recoge al hombre ya cadáver, le amortaja envolviéndole en una fra-

zada, le tiende sobre la tablazon de una puerta arrancada de entre los escombros de una casa próxima en derribo y avanza hácia la casa del Gobernador del Distrito en procesion silenciosa encabezada por el cuerpo tendido y llevado en hombros como si fuera el giron sangriento de sagrado estandarte. Llegado el cortejo ante la casa del Gobernador frente á la Alameda, tiende el cadáver al borde de la acera y se pone á gritar: "¡venganza!" La gendarmería de á caballo ó guardia rural tiene la saña inconcebible de cargar varias veces sobre aquella multitud obligada á golpes de sable á abandonar por momentos el cadáver en torno del cual se vuelve á agrupar semejante á una gran familia que se esfuerza en cumplir, desafiando á la fuerza, sus últimos deberes ante los restos de un deudo ultrajado y querido. . . Un coche escoltado por una guardia de gendarmes del ejército llega de pronto hendiendo la multitud. Se reconoce luego en él al coche presidencial, y un jóven obrero se lanza á la brida de un caballo con intencion de detenerlo. El cochero, un negro de cuerpo y alma saca su revólver y hace fuego sobre el jóven imprudente hiriéndole en una pierna. Al mismo tiempo, se

abre la portezuela del coche detenido un momento, y de él sale Manuel Gonzalez, se dirige á los grupos más inmediatos con ademanes y palabras propios para captarse la benevolencia de nuestro pueblo bajo siempre humilde, y los grupos por toda respuesta le muestran el cadáver del asesinado. Hay situaciones en que el espectáculo de la muerte llega al alma produciéndole una revolución amarga de sentimientos y de ideas. En la situación de extrema excitación nerviosa de Manuel Gonzalez, aquel cadáver no le afectaría más que todos los que había visto y hecho el mismo en su vida de guerrilla y de campaña? Un individuo vivo puede representar una clase que vive; un hombre muerto puede ser visto como una clase, como todo un pueblo que muere. Manuel Gonzalez tenía en aquel muerto el espejo de su obra. Lo vió y subió precipitadamente al coche, dando órden al cochero de partir de prisa. Cuando se alejó parecía huir de un remordimiento.

Llega entre tanto la última semana de Noviembre, y Manuel Gonzalez, presa de sus propios estremecimientos, despechos, rábias, y de las sugerencias ambiciosas del grupo que le rodea, se aga-

rra al poder con la tenacidad de un desesperado cuyos ojos miden la profundidad espantosa de su caída.... La idea de matar al General Diaz le vuelve á turbar como una mosca zumbadora que girara persistentemente al rededor de su cabeza. Ese hombre es el único que impone un "hasta aquí" á su dominacion. Suprimido él, se siente Manuel Gonzalez dueño absoluto del país. El ejército no le tendrá más que á él por jefe supremo, y los acantonamientos militares esparcidos por todos los Estados están bajo el mando de gobernadores hechuras suyas y por tanto fieles.... Va de la idea á la ejecucion callandito y en la sombra.. Todas las noches, entre 9 y 10, suele el General Diaz pasar en coche por el *Mirador* de la Alameda, punto intermedio del trayecto de la casa de la familia de su esposa á la suya propia. Se ordena que la luz eléctrica desaparezca de los fanales establecidos en ese punto, se sitúa una patrulla de caballería para que haga fuego sobre el coche, á favor de una emboscada en la sombra de la noche aumentada por la arboleda.... Todo estaba allí dispuesto para matar oportuna y certeramente, y sólo un golpe de sagacidad del General pudo des-

cubrir el plan y hacerle fracasar gracias á una interpelacion franca al Gobierno sobre la significacion de aquellas luchas extinguidas y aquella patrulla en acecho. Sin embargo, las voces tentadoras seguian diciendo al oido de Gonzalez "¡mátale!"—"Pero ¿dónde?—En cualquier parte, en su propia casa, si es preciso." Y un complot se organizó para matar al General Diaz en el tumulto de un motin simulado. Se pagarian léperos verdaderos ó disfrazados que gritaran "mueras" en torno de él en el momento de salir de su casa ó de atravesar en su carruaje. La tropa intervendria disparando balas con tal aturdimiento que una ó alguna de ellas irian á alojarse en el cuerpo del General. . . . ¿y luego? . . . y luego, con el apoyo de toda la fuerza armada y á favor de lo extraordinario y crítico de las circunstancias, se daria *el golpe de Estado*, erigiéndose la dominacion de Manuel Gonzalez en dictadura indefinida. . . . Así soñaba, ó más bien, así deliraba aquel grupo de foragidos en el poder, é iba del delirio á la obra con la premeditacion y alevosía de los grandes criminales. Ponia en pié de guerra toda la guarnicion de México y concentrada en el Palacio una

fuerza considerable, teniéndola día y noche sobre las armas. Al General Diaz le llegaban avisos reveladores de la infame trama y no dijo ni hizo nada. Pareció dirigir todo su empeño á desentenderse del peligro que le amenazaba. En posicion semejante á la de un hombre que se encuentra de repente sobre un precipicio, sin otro punto de sustentacion que la estrecha viga en que se posan sus piés, comprendió instintivamente que su salvacion y su triunfo estaban en el reposo y la inaccion. Sin necesidad, sin embargo, de exponerse locamente al peligro que afecta desconocer, se está en su casa y no sale de ella. . . . Una mañana de las postreras de Noviembre, un hombre en ciertas relaciones de privanza con Manuel Gonzalez y de amistad con el General Diaz, se presenta en la casa de éste, anunciándole que ese mismo dia se ha resuelto atacarle aún con violacion del domicilio, y le interroga sobre si quiere tropa para rechazar el ataque cuya procedencia [directa deja en una misteriosa indeterminacion. El General comprende que se le quiere hacer salir de su casa y que se le ofrece fuerza para preparar, tras el atentado, la justificacion del Gobierno que busca tranquilidad

para su conciencia turbada en la esperanza de lavarse las manos en la sangre. Pero sin traicionar por ningún signo de alarma la actitud pasiva que se ha impuesto, el General acepta con la mayor simplicidad el socorro ofrecido. No pide más que veinticinco hombres, y que venga lo que ha de venir. Esta seguridad sentida ó afectada, desconcertó á los criminales. Frente á ella Manuel Gonzalez experimenta la desconfianza de sí propio y de su partido. El *golpe de Estado* acaba por parecerle un proyecto insensato que desecha como desecha un febricitante el sueño que le ha atormentado durante el delirio, y al fin se resigna á dejar tranquilamente el poder. Todavía se le ve, sin embargo, recorrer el Palacio, centro y prenda de su dominio espirante, con la agitación con que un amante recorriera la mansion de amores idos que no volverán. Su alma goza en replegarse por última vez en los rincones, escaleras de excusa, pasadizos cubiertos, aposentos misteriosos donde se han preparado ó desarrollado tantas escenas íntimas que tan bien han saciado sus más fantásticas ambiciones de guerrillero y revolucionario. En su dolor por dejar para siempre la ve-

tusta finca, se resuelve á agotar sus riquezas por alguna última exacción que haga las veces de estrecho abrazo de despedida. Ve la Tesorería exhausta, vacías sus arcas selladas con las huellas vandálicas de los D. Garcías, ve las prensas y prensistas del *timbre* fatigados de producir estampillas que se estancan sin salida á fuerza de su sobreabundancia, ve las máquinas de acuñación del níquel rezagadas como muebles inútiles, ocultos en oscuro recinto con el cuidado que ponen los malhechores en esconder la ganzúa, el puñal, el troquel falso y demás instrumentos infamantes, y, desviando sus ojos de todos esos veneros agotados, los vuelve hácia una oficina adyacente al cuerpo principal del Palacio, con puerta exterior hácia la calle lateral de la Moneda. Es la Direccion general de Contribuciones. . . . Un dia ántes de dejar el poder (el 29 de Noviembre) manda Manuel Gonzalez á su ministro de Hacienda á la oficina aquella con orden de apoderarse de los fondos en ella existentes. Los empleados resisten al ministro como á un asaltante y le reciben á golpe de tintero; pero el ministro se obstina, sale por el balcon gritando á la guardia de la puerta: "soldados

á mí; yo soy el ministro de Hacienda," y la guardia llega en su auxilio, corren ó se rinden los empleados ante esa apelacion á la fuerza armada, y el ministro se lleva en su coche hácia Palacio sacos de numerario por valor de *nueve mil pesos*... Por último, Manuel Gonzalez lleva su amor al Palacio hasta adherirlo á artícnlos de mueblaje y de *comfort*. Se recoje en la casita presidencial de la calle de la Moneda, la desamuebla y destartala... y por fin, por fin, sale de ella, sale del poder dignamente haciendo arrancar, para llevárselos á su habitacion privada, ciertos apéndices de porcelana inglesa empotrados en lugares que es excusado nombrar.....

EPILOGO.

Así gobernó aquel hombre cuyo programa de gobierno formulado en solemne *manifiesto* contenia juramentos de "honradez administrativa," "integridad en el manejo de las rentas públicas," etc., etc. Que el financiero y el estadista calculen y reasuman en cifras la cantidad de mal que produjo, representado por lo que ese hombre dió á su codicia y á la de su grupo de adláteres y quitó á la prosperidad de su país. Que amontonen los millares de subvenciones y gajes á favoritos y agentes, los dos millones del níquel, los tres millones de la colonizacion, los treinta millones de la amortizacion fraudulenta del papel de la deuda pública, que añadan á eso el estado de bancarrota en